

## DISCURSO INAUGURAL DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO (1953)

**Carlos Guillermo Plaza, s.j.**  
**Rector Fundador**

**L**a inauguración de una universidad católica en Venezuela señala una nueva era en los anales de la Educación: significa que a la iniciativa privada - esa fecunda fuente del progreso nacional- se le abre un nuevo cauce por donde corra y se despliegue; significa que a la Iglesia Católica se le reconoce su derecho a enseñar, no sólo en las primeras etapas de la educación, sino también en aquellas donde culmina la formación del ser humano: significa que Venezuela aprecia y estimula la educación católica, ya que ha sido unánime la expectativa, franca y entusiasta la actitud de los venezolanos, al difundirse la buena nueva de la fundación de la Universidad Católica de Venezuela.



Señores: permítanme hacer algo de historia. El 20 de octubre de 1951 -hace cabalmente dos años- los Obispos todos de Venezuela, congregados en solemne sesión de la Conferencia Episcopal, celebrada en Mérida, dieron el paso de trascendental importancia de decretar la fundación de la Universidad Católica. Bien puede considerarse ese día como la fecha del nacimiento de la Universidad Católica.

Al confiar a la Compañía de Jesús el honroso y difícil cometido de realizar este propósito, interpretaron el viejo anhelo de los jesuitas de desplegar su actividad, aquí en Venezuela como en otras partes del mundo, en el amplio campo de la educación superior.

Quedaban por realizar las gestiones con el Gobierno Nacional, tendientes a obtener el reconocimiento legal de la Institución. Es un hecho notorio que en Venezuela no existía precedente de universidad privada, propiamente tal, si bien es cierto que las Universidades de Caracas y Mérida deben su origen a la iniciativa de la Iglesia Católica.

He de confesar que en todo momento encontré la más benévola acogida y el apoyo más franco en las autoridades educacionales a favor de este proyecto. A

través de múltiples conversaciones quedaron establecidos los puntos fundamentales de la Universidad. Había esta de poseer, en todo caso, la autonomía en el régimen de exámenes y la facultad de expedir títulos, requisitos indispensables para salvar el concepto de universidad. Tengo que celebrar que esas, y otras aspiraciones que entonces formulamos, a través de prolongadas entrevistas con las autoridades educacionales, hayan cristalizado en un Estatuto de las Universidades Privadas, a cuya sombra pueden nacer y prosperar otras universidades privadas, para bien de la Patria venezolana. Gracias a este Estatuto, el actual Ministro de Educación, Dr. José Loreto Arismendi, ha abierto un amplio cauce a la educación en Venezuela, asegurando a las universidades privadas un *mínimum* indispensable de garantías.

Señores: la Universidad Católica, esa amplia comunidad de profesores y alumnos, donde se profesa el sentido cristiano de la vida y donde se aspira a la más amplia colaboración con los auténticos valores de, Venezuela y del extranjero, posee un credo, tiene un programa y abriga una aspiración.

### **UN CREDO**

Las universidades católicas no son instituciones huera, sin contenido ideológico, sin fe y sin pasión. Las ideas bien definidas -como estrellas resplandecientes- son las que orientan a los pueblos y determinan su rumbo en la historia. Ideas cálidas, sentidas, envueltas en ráfagas de sana pasión.

La Universidad Católica tiene un credo.

Cree, ante todo, en los valores supremos del espíritu. En un Ser soberano que preside el destino de los hombres y los pueblos. En ese Ser que ha venido consagrando con su nombre la primera página de la Constitución de Venezuela; en ese Dios a quien invoca la inmensa mayoría del pueblo venezolano y en cuyas manos depositó su alma, con líricos acentos, el más grande de nuestros hombres, el Libertador, en su glorioso testamento.

La Universidad cree en esa Religión y esa Fe que engendró la más formidable de las culturas: la cultura occidental cristiana, la cual ha impreso su fisonomía a Europa y América.

Al impregnar la educación del sentido cristiano de la vida, la Universidad se convierte en resonante concha acústica que recoge una de las vibraciones más hondas y más finas del pueblo venezolano. Se hace ella puro eco medular.

La Universidad Católica cree igualmente en Venezuela: la de ayer, la de hoy y la de mañana. Cree en su brillante tradición histórica y etnológica, donde corren fundidas la flor del alma india con la quintaesencia del noble espíritu español. Cree en su gesta emancipadora y en la gloria de sus hijos más preclaros.

Cree en la Venezuela del presente: en esta Venezuela-milagro, atravesada de punta a punta de férrea voluntad de transformación. Cree en la riqueza de su tierra, en la bondad de sus moradores, en el alma de su pueblo.

Cree en la Venezuela del mañana. En el brillante porvenir que como aurora triunfal, aguarda a Venezuela: cuando los bosques, hoy vírgenes, se transformen en opulentas ciudades y en bulliciosas poblaciones; cuando se estremezca el llano, oprimido bajo el peso fulminante de veloz locomotora; cuando su población, adensada, necesite escalar la montaña, invadir la costa y llegar hasta los lejanos confines de la Patria.

La Universidad cree en la vocación de Venezuela a ser una gran nación, como le esta pregonando la situación misma de su suelo: enclavado, con gesto señorial, a la cabeza de América del Sur. Venezuela una, fuerte y grande: así lo sentimos nosotros.

La Universidad cree en la juventud: la mayor riqueza que posee una nación. En esa juventud, en quien se hermanan las más brillantes cualidades raciales con el ímpetu creador y con la generosa tensión hacia el futuro.

Reclama Venezuela una juventud sana de cuerpo, recia de voluntad, impregnada de un sentido de honda responsabilidad, presa de una fecunda inquietud social. Quedó atrás la época del individualismo egoísta, de la áurea mediocridad, como ideal supremo de la vida.

En la hora febril que vive la humanidad, a la juventud toca decir su palabra incisiva, ocupar su puesto, y dar ejemplo de varonil consagración a la noble tarea de construir patria.

## **UN PROGRAMA**

La Universidad Católica posee un programa de acción. Un programa que responde a triple credo religioso, patriótico y juvenil. Esta condensado en los cinco puntos que señalan los fines de la Universidad.

1.- La Universidad se propone: "formar integralmente a la juventud, según la concepción cristiana de la vida".

Formación integral: no mera capacitación científica. Integral, es decir, aquella que abarca todos los aspectos de la persona humana, sin descuidar ninguno, pero jerarquizándolos según el valor y mérito relativo. Aquella que no descuida la educación física, pero que sabe que lo físico es pedestal e instrumento del espíritu; aquella que cultiva los valores intelectuales y estéticos, pero los engasta y envuelve en el marco de la personalidad total, esencialmente moral y religiosa.

Concepción cristiana de la vida: enfoque inspirado en los principios del Evangelio y en el magisterio de la Iglesia.

La crisis más dolorosa que padece la humanidad es la quiebra de la concepción filosófica del hombre y de la vida. El hombre ha perdido su excelsa dignidad y va quedando relegado a la vil categoría de hombre numero, hombre-masa.

Frente a esa crisis de valores, donde la maquina oprime al hombre, proclamamos el soberano valor de la persona humana, portadora de sentido espiritual y trascendente; proclamamos su formación plena, armónica y total, como la más alta expresión de toda cultura. No negamos el valor de la ciencia positiva; reconocemos gustosos cuanto haya contribuido al progreso material de la humanidad. Pero subrayamos que la ciencia sola no basta. Gerencia sin filosofía, ciencia sin humanismo, representa una estéril mutilación de la persona humana.

¡Triste contraste el que se registra a veces! El científico que llega a adueñarse de la energía nuclear, pero que en cambio permanece sordo ante la música callada de los seres; el especialista que posee el hábito de escudriñar a través del pozo infinitesimal del microscopio, pero que en cambio, padece una miopía incurable ante la rutilante armonía de los astros y la estupenda visión del universo. Creemos que todo profesional debe poseer, más allá delimitado campo de su ciencia, una amplia profunda visión del cosmos, una noble jerarquía de valores y un autentico humanismo. Es decir: debe poseer no solo ciencia, sino también sabiduría, en toda la plenitud de la expresión.

Esta actitud filosófica y humanista constituyen una alta cumbre en la formación integral. Es ella fuente de consuelo en la vida. Da ella dimensión de profundidad al espíritu humano. Es el más eficaz antídoto contra la gris mediocridad. A ella se refería aquel gran venezolano que supo hermanar en sí ciencia y sabiduría, José Gregorio Hernández, al estampar estas palabras:

*"Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y, en particular, de la vida intelectual".*

Filosofía que debe ser personal, íntima, forjada en el troquel de las propias vivencias:

*"El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que pudiéramos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces, le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante toda su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de*

*hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces. La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer" (Elementos de Filosofía 1° edic., p. 5-6, Caracas).*

Esta amplia visión filosófica y ese sentido humanista de la vida es nuestro propósito de cultivarlos en los alumnos de la Universidad. Para ello, al margen de las materias y actividades de carácter profesional, daremos cabida a otras directamente encaminadas a la formación integral y humanista.

Aspiramos a que el profesional posea esa íntima filosofía; a que sepa pensar con vigor, orden y claridad; a que logre el dominio de los medios de expresión: brillo, justeza y elegancia en un lenguaje que sea castizo; a que posea la fina sensibilidad ante el mundo de lo bello; a que su espíritu se afine y equilibre gracias a una amplia cultura humanista. Y con ello, que en él florezca lo más hondo y medular del ser humano: la rectitud moral y la bondad de corazón.

2.- La Universidad se propone: "capacitar a sus alumnos para el ejercicio de las diversas profesiones, en un sentido técnico, social y patriótico".

Capacitarlos, sí, para que dentro de la sociedad ocupen el puesto que les corresponde, de acuerdo con su auténtica vocación profesional.

Concebimos la profesión como algo noble y levantado; como una misión que se debe cumplir en el seno de la colectividad. De ahí que, en la formación de los profesionales procuraremos despertar en ellos la conciencia de su dignidad, acentuando el sentido de responsabilidad. Sin ética profesional, sentida y vivida, es imposible ejercer cabalmente una carrera.

Las profesiones se enfocarán con un sentido de realidad nacional, teniendo en cuenta lo que Venezuela necesita, espera o reclama.

Para ello, daremos especial importancia a instituciones que, como el Centro Etnológico de la Universidad Católica, pongan en directo contacto al alumno con Venezuela. A través de ese Centro, los estudiantes podrán auscultar el alma recóndita de Venezuela, conocer sus costumbres, familiarizarse con la expresión popular de su cultura, al toque de la realidad, nacerá la sana inquietud de querer contribuir a la superación nacional.

3.- Aspira la Universidad a: "fomentar la investigación científica en todos los ramos del saber humano". Nuestra era se caracteriza por el ritmo febril de la investigación científica. Uno de los cometidos fundamentales de la Universidad es contribuir al desarrollo de la ciencia. A la sombra de las universidades han surgido muchas de las técnicas, inventos y recursos que han elevado el nivel de la civilización. Compete a la Universidad fomentar en sus alumnos la inquietud

científica propia del investigador, iniciarlos en los procedimientos, suministrarles los medios.

La Universidad deberá dispensar un mecenazgo especial sobre aquellos en quienes prenda la fecunda llama de la pasión investigadora. Aspiración suya será poder constituir un cuerpo de investigadores que, en el seno de la Universidad, se consagren al cultivo de la ciencia pura o aplicada.

En cuanto al campo de la investigación, encontraran acogida todos los sectores del saber humano. Sin embargo, teniendo presente la realidad venezolana, creo mi deber llamar la atención sobre un fecundo campo de investigación, la realidad social. Cuando se habla de investigación, de ordinario se alude al dominio de las ciencias exactas, de las ciencias naturales, etc. Bien está -y soy el primero en reconocer su valor- que se depuren las técnicas, que se conozcan en forma cada vez más científica la fauna o flora del suelo patrio o sus riquezas minerales: todo ello contribuye al progreso nacional. Pero existe un campo más fecundo: es la misma Venezuela, su pueblo, su historia, su vida. En ese gran laboratorio humano, esa recóndita mina que reclama con urgencia ser excavada en todas direcciones.

Aunque parezca paradoja, a Venezuela es menester descubrirla, investigarla y sondearla con el solícito cuidado con que se desgajan filones de áureo metal ¿Por qué el estado primitivo de la vivienda, la carencia de hábitos higiénicos, la lívida presencia de la desnutrición infantil? ¿Por qué ese medio millón de niños sin escuelas? ¿Por qué el alto índice de analfabetismo y de ausentismo escolar progresivo? ¿Por qué nuestras técnicas pedagógicas resultan de tan escaso rendimiento? Estas y otras realidades son objetos palpitantes, dignos de ser investigados. De su recta comprensión dependerá el inmediato desenvolvimiento de Venezuela. La Universidad brindará especiales facilidades a todos aquellos que quieran adentrarse en el amplio campo de la realidad social, económica, histórica, etnológica y psicológica de nuestro pueblo.

4.- Incumbe a la Universidad: conservar, difundir y enriquecer el patrimonio cultural de la humanidad.

Conservar ese patrimonio, como conservan las familias sus tradiciones familiares, difundirlo a los cuatro vientos con gesto generoso, tarea es de la Universidad. Y como cada Universidad representa un jalón en la ruta de la cultura, a ellas toca tan bien enriquecer el legado cultural.

Dentro del patrimonio común de la humanidad, querría referirme a dos sectores más reducidos: el patrimonio de la cultura venezolana y el legado de los pueblos latinoamericanos.

Venezuela posee una fisonomía y se ha fraguado una cultura. La fisonomía de una nación puede desdibujarse hasta quedar convertida en máscara grotesca;

el alma de una nación corre el riesgo de diluirse, hasta llegar a ser sutil humareda. A la Universidad corresponde defender el rostro venerable de la cultura nacional: salvar su pasado histórico de torcidas interpretaciones y preservar el presente, acentuando lo que es típicamente nuestro.

Forma parte de Venezuela de un gran bloque de naciones que están fraternalmente vinculadas por los lazos de una misma fe, una lengua, una tradición, una raza: los pueblos hispanoamericanos. Representan ellos la afirmación del espíritu sobre la materia, del sentido fraternal y cristiano de la vida frente a la concepción chata y materialista; de la libertad sobre la esclavitud; del amor sobre el odio. Afianzar los rasgos de esta cultura es definir nuestra propia alma.

5.- Se propone, finalmente, la Universidad: "contribuir a la mutua comprensión y acercamiento de los pueblos, máxime de las naciones americanas".

Una aspiración suprema sacude a todos los pueblos: la comprensión, el acercamiento, la unión. Y como fruto codiciado: la paz.

El problema de la paz es fundamental del humanismo. La guerra y la paz se gestan en el corazón del hombre. Existe una diferencia radical entre la educación altruista, que orienta hacia la paz, y la educación egoísta que desencadena la guerra.

Crear una actitud de amplia comprensión hacia todos los pueblos y todas las culturas; enseñar el arte sutil de valorar lo positivo, lo noble, que germina en todas las latitudes y bajo todos los soles, deber es de la Universidad Católica. Las preferencias corresponderán al continente americano, donde está enclavada Venezuela: ese nuevo mundo donde se ha hecho tradicional el hábito de la mutua comprensión, del fácil intercambio y del coloquio prolongado.

La Universidad se esforzará por enseñar a sus alumnos a ser ciudadanos de Venezuela, de América y del mundo.

### **UNA ASPIRACIÓN**

De suprema podemos calificar la aspiración de la Universidad de prestar su decidida colaboración a todas las fuerzas que se emplean en la formación de la juventud. A las autoridades educacionales, a quienes incumbe lo más extenso de la tarea; a los educadores todos, que consagran su vida a la noble labor de forjar hombres. Queremos sumarnos, en forma fraternal, a ese gran todo de las Universidades de Venezuela, cuyos ideales y programas estarán siempre dictados por un noble anhelo educador.

Nacemos en forma modesta, casi mínima: apenas con dos Facultades. Aspiramos, sin embargo, a dar a nuestra Universidad un rápido desarrollo.

Aspiramos, igualmente, a facilitar al maximum el acceso a sus aulas, estableciendo un régimen económico que a nadie resulte gravoso. Aspiramos a que el nombre que ostenta la Universidad sea un reclamo a la colaboración de todos aquellos que sientan la pasión pedagógica, amen a Venezuela y a su juventud.

Expreso mi más cumplida gratitud al Ejecutivo Nacional por la benévola acogida que en todo momento ha dispensado a la Universidad; al Dr. José Loreto Arismendi por el franco apoyo que le ha prestado; al Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad, por el eficaz interés que en todo momento ha mostrado por la Universidad Católica; al Episcopado Nacional, el cual se digna confiar a la Compañía de Jesús tan honroso cometido; a los profesores que se han brindado tan generosamente a prestar su colaboración; a los padres de familia que nos han entregado el mayor de sus tesoros: sus propios hijos; a aquellos colegios que han orientado a sus alumnos hacia la Universidad Católica. Sea mi última palabra para Uds.: estudiantes. ¡Bienvenidos a esta Universidad! En esta casa encontrarán un hogar y en cada uno de sus profesores un amigo, un ductor, un padre que no retrocederá ante el sacrificio.

Como venezolano, no puedo menos de regocijarme íntimamente al comprobar el nuevo paso de avance que da la educación en Venezuela al inaugurarse la era de las universidades privadas. Ellas preconizan grandeza para la Patria, porque la prosperidad de la educación es la prosperidad de la Patria. En forma luminosa condensó Bolívar esta verdad: las naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si esta vuela; retrogradan, si retrograda, se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe o absolutamente se abandona. Estos principios dictados por la experiencia, e inculcados por los filósofos y políticos antiguos y modernos, hacen hoy un dogma tan conocido que no se hallará tal vez individuo alguno que no se sienta penetrado de su verdad.

Dios, Patria, Juventud: ahí va condensada el alma de nuestra Universidad. En esas tres palabras vibra nuestro programa de acción. Sin escuela, no hay Patria; sin Dios, no hay escuela, no hay juventud. Nosotros ciframos nuestro orgullo en reconocer a un Dios, servir a una Patria, consagrarnos a una Juventud. La solemnidad de estos claustros quedará ungida por la soberana presencia de Dios, por la cálida cercanía de la Patria y por el ímpetu generoso de la juventud venezolana.

He dicho.

Carlos Guillermo Plaza S.J  
Primer Rector-Fundador de la UCAB  
Fuente: SIC, No. 160, Caracas, diciembre 1953.